

vido aquel gran pescado que abierta la boca se vino para él, de el cual, de temor, huyó y se apartó de el agua, habiendo de ser al contrario, que no sólo no había de huir, mas antes hacerle rostro para cogerle, pues en su hiel estaba la medicina para la salud de su padre; así que los tales, como gente cobarde que dan a huir de muy pequeños trabajos, sólo se ocupan y desvelan en cómo apocar los de los santos de Dios. Pero como esta determinación y sentencia no está al juicio humano, que aun en lo muy acertado yerra, sino al de Dios, que pesa, con peso de su eterna sabiduría, todas las cosas que los hombres hacen, ordena, cómo por el mismo caso sean para siempre sublimados y gloriosos, acá en el mundo y allá en la gloria perdurable. Y como los santos sólo procuraron agradar a su Dios y señor, así Él dispone cómo sean más honrados. Por esta misma manera acaeció a este varón apostólico, que (permitiéndolo Dios para más mérito suyo) no le faltaron émulos y perseguidores, andando por los yermos desterrado, cansado y trabajado, evangelizando la palabra divina, todo comido de mosquitos y por esto su rostro como leproso llagado; mas como prudentísima serpiente cerraba sus oídos al canto de los detraedores y murmuradores y callaba los bienes que Dios le comunicaba, tomando por remedio cubrirse de silicio y dar ceniza por pan a su apetito (como dice David) considerando que Dios, a quien él deseaba tanto agradar, le había de dar fiel tutor y defensor, aunque los pecadores, a quien el santo procuraba convertir, y cuyos vicios reprehendía, se le volvían contrarios; condición propia del mal cristiano, llevar mal la reprehensión y estorbo de su mala vida.

CAPÍTULO XXXIX. De la humildad del santo varón fray Andrés de Olmos, y ejercicio que tenía en convertir gente bárbara y cómo Dios, milagrosamente, lo guardaba entre ellas, y del deseo que tenía que todos empleasen bien el tiempo



ERA ESTE VARÓN SANTO MUY HUMILDE, y tenía se por vilísimo e indigno de algún bien en la tierra, mostrándose en esto ser de aquellos que dice Dios por Isaías,¹ que los mira, con amor y voluntad, por ser de corazón humildes y pobrecillos en su estimación. Huía de las honras mundanas, como de conocido peligro para su salvación; por esta causa se alejaba de poblado y de la frecuencia y conversación de gentes, porque los religiosos de la provincia no le hiciesen prelado, que lo deseaban mucho, por su virtud y letras; y así se alejó más de la comarca de Mexico, pasando desde Hueytlalpan a las sierras de Tuzapan, donde estuvo algunos días y convirtió y bautizó todo aquella gente, y aprendió y supo muy bien la lengua totonaca. Después dejando ministros en aquella tierra, pasó a la costa de Guaxteca, predicando por aquella tierra de Pánuco y Tampico, hasta entrar en los chichimecas bravos, que confinan con la Florida, que son

¹ Isai. 66.

más de cuatrocientas leguas de tierra, hacia la parte del norte. Cosa maravillosa que siempre buscaba las tierras más ásperas y estériles para plantar la fe; porque se temía que se quedarían sin ella los que en ellas vivían, si acaso rehusasen los otros ministros la aspereza, peligros, destemplanza y esterilidad de ellas, porque eran habitadas de gentes fieras y caribes, que se andan por los campos como brutos animales (como en otra parte hemos dicho)² sin edificar casas, ni sembrar para coger; y a estas mismas partes vino este bendito varón a dar algún alivio a su cansada vejez, lleno de enfermedades, que cobró en las tierras destempladas por donde había peregrinado, pudiéndose llamar más propiamente peregrino en estas tierras, que morador de ellas, a semejanza de otro Jacob³ que lo anduvo por muchas; ya sirviendo a Labán, su suegro, tantos años en Mesopotamia, ya en Sochot; ya en Sichen; ya en Hebrón o en Mambre; y últimamente en Egipto, en tiempo de la grande hambre de Palestina, donde preguntándole el rey Faraón por los años que tenía, dijo que eran ciento y treinta, pocos y malos. No llegó a éstos este santo viejo fray Andrés, pero pasó de ochenta y casi en estos últimos andaba en aquella peregrinación serrana, donde por testimonio de cartas suyas, escritas a Juan de Torres de Lagunas, que andaba por aquellas serranías en busca de estas gentes bárbaras que hacían daño en los españoles, y las he tenido en mi poder; está averiguado su mucho cansancio, trabajos y enfermedades; pero no desflaquecido en el espíritu, porque antes en ellas se mostraba más animado, alentando al capitán general y a sus soldados que siguiesen a los malhechores, no en orden de hacerles mal, sino de prenderlos y reducirlos a la santa fe de Jesucristo, para cuya ayuda él se ofrecía, no reparando en las pocas fuerzas del cuerpo, ni recelando las dificultades de los caminos, no estimando lugar, ni habitación conocida en la tierra, diciendo con San Pablo: Que nuestra ciudad permanente son los cielos.

Con todo esto, después de tantos años de vida, tan bien gastada, conquistaba y ganaba de nuevo a Cristo, con más ánimo y espíritu, que en la mocedad hombres, que son más inhumanos y carniceros que las fieras del campo, entre las cuales vivía tan alegre y sin recelo, como si fueran muy domésticos españoles; y así hacía entre ellos sus ermitas y chozuelas, con sus altares y retretes, para su reposo, como si no viviera entre una gente que se comen unos a otros, y que no tienen temor, ni vergüenza, ni ley, ni razón, más del arco y flechas, con que derriban los pajaritos que van por el aire volando; pero no era esto sin particular milagro y voluntad de Dios, que cegaba aquellos bárbaros y aplacaba su fiereza y crueldad para que no se encarnizasen en su siervo, aunque hambrientos y deseosos de sus carnes, como lo afirmó por escrito un venerable religioso de la orden de San Agustín, que lo trató y conversó treinta años; el cual dice, que le confesaron los mismos indios bárbaros que un Jueves Santo fueron a su ermita, con intento de matarlo, y que por hacerle salir fuera, le flecharon la cubierta de la casilla que era de paja, con flechas, en que pendían manojuelos de

² Lib. 21 in prolog.

³ Genes. 31 et 33 et 35.

yerba seca, encendidos; y viendo que el fuego no prendía en la choza, cobraron tanto pavor y miedo, que se volvieron huyendo, sin seguirlos nadie donde se verifica muy bien lo que dice el Espíritu Santo:⁴ Huye el malo, sin que nadie le persiga y el justo queda como león fuerte y confiado y sin temor ninguno; y es la causa, porque el pecado es siempre cobarde, y así acobarda al que le acomete, como se verificó en Caín, que matando a su hermano Abel, quedó desalentado para poder vivir la vida natural, segura y quietamente, pareciéndole que donde quiera que estuviese, estaba a riesgo y peligro;⁵ lo que no tiene la virtud, porque como tiene a Dios por amparo, no recela nada el virtuoso y santo; porque sabe que cuando muera en su defensa será recibido en refrigerio como dice el Sabio.⁶

Los mismos indios dieron testimonio ante el gobernador de aquella tierra, que se llamaba Alonso Ortiz de Zúñiga, que muchas veces salieron a matar a este varón santo, y que las flechas que le tiraban se volvían con la misma furia contra ellos. Y no parece este menor milagro, que el que sucedió en el monte Gargano, en la cueva que eligió para su devoción el arcángel San Miguel, donde el que tiró la flecha la volvió a recibir en su misma persona; y viendo el caso conocieron el milagro los circunstantes. De esta misma manera le sucedió a este santo religioso con estos bárbaros hombres; los cuales, viendo la maravilla, no le osaban hacer mal ninguno, antes se le venían mansos, como corderos, porque por la confianza y fe, que en Dios tenía, se cumplía en él lo que de otros santos y padres antiguos dice San Pablo,⁷ que vencieron reinos y naciones, obraron justicia y consiguieron las cosas prometidas, atando las bocas de los leones y resistiendo la fuerza del fuego, ordenando Dios que suspendiesen su acción sobre la choza y casa pajiza de este su apostólico ministro, y con el espanto que les causaban estas cosas le reverenciaban y estimaban como a hombre del cielo, y demás de cuarenta leguas la tierra adentro venían a oír de su boca las palabras de Dios, y a recibir el santo bautismo; y por su respeto, aun después de él muerto, los indios bárbaros, cuando encontraban algún fraile de San Francisco por aquellas sierras, dejando los arcos y flechas, se venían a él, de rodillas y puestas las manos, diciendo: Andrés, dando a entender en esto que por fray Andrés de Olmos le hacían aquella reverencia, teniéndolos en la misma estimación que a él le tenían, viviendo y aun hasta el día de hoy tienen estos indios serranos en mucha estimación a los mismos religiosos de San Francisco, que andan entre ellos. Y con haberse después perdido gran parte de lo que este santo hombre ganó, se coge en muchos el fruto de su predicación, perseverando en la fe; y muchos de aquellos infieles, vienen hoy día a buscar los sacramentos y fe de la iglesia católica.

Traía fray Andrés, por común dicho a cada paso, y como por bordón, la cruz adelante, significando en esto que como soldado de la bandera de Cristo, escogido para ganar el reino de los cielos, no había de volver pie

⁴ Prov. 28.

⁵ Genes. 4.

⁶ Sap. 4.

⁷ Ad Heb. 11.

atrás, mas cada momento ofrecerse a más trabajos, penitencia y cruz. que son las armas con que se entra en aquel fuerte reino de los cielos, porque padece fuerza, como el mismo Cristo lo dice,⁸ el cual no conquistan sino valientes y esforzados. Estas palabras, de más de ser noticia común, entre todos los que le conocieron y saber que así las decía, las vide firmadas de su nombre, en muchas cartas apostólicas y santas que escribía a diversas personas, y estas mismas afirma el padre fray Gerónimo de Mendieta haberle oído dar por respuesta, cuando venía a los capítulos, a los religiosos, que compadeciéndose de su mucho trabajo, viéndole ya viejo y asmático y comido todo el rostro de mosquitos, y con otras enfermedades, le importunaban que se quedase ya a descansar en la tierra de Mexico, a lo cual no respondía otra cosa, sino su común dicho: Hermanos la cruz adelante; y decía esto con un fervor que bien mostraba (como otro San Pablo)⁹ no gloriarse, sino en la cruz de nuestro redemptor Jesucristo, huyendo de todo consuelo, descanso y recreación humana; por lo cual ya no echaba menos las cosas que el apetito naturalmente suele desear, ni sentía en ellas gusto, ni olfato, porque comía cualquier cosa de mal sabor y olor, como si fuera sabrosa y olorosa. Su principal regalo y consuelo era trabajar, por salvar ánimas y acudir siempre a la parte más necesitada y desamparada de ministros, diciendo con el *Eclesiástico*,¹⁰ que la ociosidad enseña mucha maldad y desventura, y debía de considerar el trabajo de aquella mujer, de quien dice Salomón en los *Proverbios*¹¹ que nunca comía pan en ociosidad sino siempre trabajando. Y como este siervo de Dios aprovechaba tan bien el tiempo así también se compadecía de los que lo empleaban mal y no gastaban el que Dios les dio en granjear el cielo para que fueron criados, y para que se ocupasen en algo y andar él también ocupado, sin rato de descanso, ni reposo, y que no estuviesen ociosos. Tradujo de latín en metro castellano el libro de *Haresibus*, de el padre fray Alonso de Castro, con gran curiosidad y artificio y con mucha erudición y doctrina; y también dos epístolas de dos judíos rabinos, una de las cuales anda inserta en las partes teologales de San Antonio de Florencia: pensando él con su bondad que por aquella vía aprovecharían el tiempo los que mal lo expendían. Compuso en la lengua mexicana un auto de el Juicio Final, el cual hizo representar, con mucha solemnidad en la ciudad de Mexico, en presencia de el virrey don Antonio de Mendoza, y de el santo arzobispo don fray Juan de Zumárraga, y de innumerable gente, que concurrió de toda aquella comarca, con que abrió mucho los ojos a todos los indios y españoles, para darse a la virtud y dejar el mal vivir y a muchas mujeres erradas, para que movidas de temor y compungidas, se convirtiesen a Dios. Sacó también, en la misma lengua, para avivar los juicios bajos de los naturales, las pláticas que los viejos y señores mexicanos hacían a sus hijos y vasallos y otros muchos libros y tratados que abajo se contarán.

⁸ Math. 11.

⁹ Ad Gal. 6.

¹⁰ Eccles. 33.

¹¹ Prov. 31.